

el título de crítico teatral, de lo cual doy gracias a Dios, habéis logrado una buena reposición de mi *Locura de amor*, la que si bien en vuestros días puede parecer vieja y tonta, no deja de ser, estoy seguro de ello, una pieza muy bien escrita y muy bien construida, con sus trucos efectistas característicos del teatro romántico, pero ¿acaso el teatro no es siempre truco al escribirlo, al dirigirlo y al actuarlo? No sigo, porque ya oigo las protestas de los jóvenes que vosotros llamáis de “la nueva ola”, y no quiero que me vayan a incendiar el autobús en que debo regresar al cielo. Recibid mis parabienes y dad a doña Ofelia el búcaro de mi admiración y de mi cariño.

Manuel Tamayo y Baus

26 de enero de 1969

DON QUIJOTE SIGUE DESFACIENDO ENTUERTOS

Hace más de un mes que se estrenó en el Teatro Manolo Fábregas la comedia musical norteamericana intitulada *El hombre de la Mancha*, y no ha habido un solo día en que el teatro registre bajas entradas. El público mexicano acude ansioso por escuchar la música de la obra, por presenciar la belleza escenográfica, por admirar la producción escénica, por aplaudir a Nati Mistral y a Claudio Brook, por gozar de la dirección de Manolo Fábregas, y, sobre todo, por ver al personaje que pertenece a la mitología de todos los países y de todas lenguas: Don Quijote de la Mancha. En pleno 1969, después de 350 años de haber salido de la pluma de Cervantes, el Caballero de la Triste Figura continúa recorriendo los caminos del mundo para remediar injusticias, y al llegar a México se dio cuenta que el teatro estaba prisionero de feroces malandrines que lo obligaban a prostituirse para sacarle provecho, y enarbolando su lanza se arrojó en contra de ellos combatiendo en su propio campo, o sea el teatro, y desde el escenario libra la batalla vencéndolos y cubriéndose de gloria. Las “golfas”, las “ficheras”, los “hijos sobrenaturales”, “las carolinas” y otros mediocres personajes teatrales salidos de plumas no menos mediocres

y de más mediocres empresarios, se declaran en franca derrota mientras don Alonso Quijano vuelve a cubrirse de gloria.

No es la primera vez que el Caballero de la Mancha cabalga sobre los escenarios mexicanos. Gracias a don José Rojas Garcidueñas, quien acaba de publicar su espléndido libro intitulado *Presencias de Don Quijote en las artes de México*, nos enteramos que desde el año de 1794 se representó en el Coliseo de la Nueva España una obra intitulada *Las bodas de Camacho*, y en 1850 una pantomima en cinco actos sobre Don Quijote, y en 1871 el estreno de la ópera del compositor mexicano Miguel Planas, titulada *Don Quijote en la venta encantada*. Ya en el siglo xx, los espectadores capitalinos rieron con la zarzuela española *La venta de Don Quijote*, y en 1947 miles de niños pudieron conocer al inmortal personaje gracias al incansable Cronista de la Ciudad, don Salvador Novo, quien hizo una versión teatral infantil para el Palacio de Bellas Artes. La figura de don Miguel de Cervantes tampoco es la primera vez que aparece sobre un escenario, y tan sólo recordaré que nadie menos que el mejor sonetista mexicano, Manuel José Othón, escribió y estrenó en 1904, al conmemorarse el tercer centenario de la aparición de la novela, una obra en un acto intitulada *El último capítulo*, en la que se asiste a la muerte del genial escritor español.

Antes eran los autores españoles y mexicanos quienes se ocupaban de Don Quijote para hacerlo aparecer en el teatro, hoy son los norteamericanos con esta comedia musical *El hombre de la Mancha*, cuya idea dramática es original y está perfectamente bien construida echando mano de trozos de la novela en algunas ocasiones. Es en la música donde el señor Mitch Leigh no acierta como los libretistas, porque con esta comedia musical sucedió lo que en 1875 con la ópera *Carmen*, en la que el autor del texto, Próspero Mérimée, era francés, y el compositor Bizet, también era francés, y no tenía la más remota idea de la música española, de allí que *Carmen* fuese el primer *spanish curious* que se lanzó al mundo. Lo del "toreador" puede compararse a la profusión de castañuelas que se advierte en la música de *El hombre de la Mancha*. Y es que para los franceses, ingleses y norteamericanos, no puede haber música española sin castañuelas, como no puede haber mujer sin peineta, hombre sin faja, ni torero sin puro. No

quiero decir con lo anterior que la música de la comedia musical de que hablo sea tan mala como la de *Carmen*, pero desde luego, es muy inferior a la obra de teatro y a su producción escénica. Música amable, melodiosa, a veces empalagosa, agradable para escucharla mientras se cena y se conversa, pero nada más. Y para colmo de males, se volvió a caer en el error de dar a traducir la letra de las canciones a personas que quizá tengan idea de música, pero no de métrica ni de armonía poética, de allí que los cantantes tengan que forzar las palabras para hacerlas caber en la melodía. Salvo *Mi bella dama*, ninguna otra comedia musical norteamericana ha podido ser traducida en la letra de sus canciones con acierto.

Manolo Fábregas montó *El hombre de la Mancha* exactamente igual que en los Estados Unidos, y no escatimó gasto alguno para que fuese una producción fastuosa. Su labor es digna de encomio puesto que supo vencer obstáculos que el escenario de su teatro le planteaba, y se le debe agradecer la espectacularidad de la gigantesca escalera que baja desde el techo sólo para que descienda por ella Cervantes y un soldado al que no se le entiende nada de lo que dice. La dirección es acertada siempre, y causa admiración el ver moverse a los actores en un escenario inclinado que ofrece el peligro de hacerlos resbalar. Julio Prieto resolvió bien los problemas de cambio de escenario norteamericano a mexicano. Lew Riley, a quien el teatro en México debe las mejores puestas en escena, volvió a ser el productor inteligente que sabe que al público de México se le debe dar lo mejor para que responda con su asistencia.

Pero a más de la buena obra teatral, de la dirección, de la escenografía y de la producción, están las actuaciones. Claudio Brook, excelente actor que por muchos años vio desperdiciado su talento haciendo pequeños papeles o dejándose devorar por el anónimo del doblaje para la televisión, fue lanzado en plan grande, como se merecía, en una película de Luis Buñuel, de donde fue debidamente reconocido por directores cinematográficos europeos y llevado a interpretar los papeles que debería haber hecho en su patria desde muchos años atrás. Ahora Claudio regresa a interpretar el Cervantes-Quijote con una maestría excepcional, transformándose e iluminándose como el señor de la Mancha. Sin lugar a dudas, es una de las mejores actuaciones que se han visto en los

foros capitalinos de muchos años a la fecha. Naturalmente, los empresarios y productores mexicanos dejarán que Brook se marche de nuevo, y seguiremos viendo teatro y cine con galanes más o menos “bonitos” inflados hasta la náusea por las campañas publicitarias, pero que tienen de actores lo que yo de cronista teatral. Raúl Lavié y Marco Antonio Saldaña, cantantes de Ópera Nacional, cumplen a la perfección con sus papeles y sus voces magníficas se hacen acreedoras a los más fuertes aplausos. Otros actores y bailarinas cumplen con su cometido para un mayor logro de la comedia, pero se hace notar la falta de una coreografía vistosa como las que se acostumbran en este tipo de espectáculos. La única escena que podría prestarse para realizar una labor coreográfica, o sea la de la violación de Aldonza en la posada, se vuelve atropellada, confusa y sin ritmo alguno.

He dejado para lo último a Nati Mistral. Su Aldonza-Dulcinea es perfecta, y ella demuestra que es una actriz, una bailarina y una cantante totalmente lograda, hecho que muy rara vez se da en el medio artístico, pues cuando alguien es buena actriz, no es buena cantante, y si es buena bailarina, es pésima actriz. Nati Mistral lo hace todo maravillosamente: su voz como cantante es cálida, rica en matices melódicos, y se desea escucharla en canciones de otro tipo, donde la melodía no sea cortada a cada momento y donde la letra no cojee de un modo tan deplorable. Como actriz se muestra segura y firme, y por su misma nacionalidad española da al personaje de la posadera las características exactas que debe poseer. No me imagino a una norteamericana interpretando a la Aldonza. Se advierte, además, que la Mistral sabe bailar, sólo que en esta ocasión no la dejan hacerlo, y si a todo ello se agrega que es una mujer bella y bien formada, tenemos a la *vedette* completa. Un enorme acierto el de Lew Riley y de Manolo Fábregas al contratar a esa artista española.

Felicitaciones, pues, a todos y cada uno de los que hacen posible que en México pueda hacerse teatro como en las mejores capitales del mundo, felicitaciones al público que noche a noche llena el Teatro Manolo Fábregas, y nuestras más cumplidas gracias a Nuestro Señor Don Quijote, como lo llamó Rubén Darío, por venir a dar una lanzada al mal teatro y con su presencia en los

escenarios recordar a los espectadores que existe aún algo que se llama el buen gusto.

27 de abril de 1969

NI EGREGIO, NI SOLEMNE, NI SUBLIME

Sr. Severo Mirón
Teatro Reforma.
México, D. F.

Distinguidísimo señor:

No recuerdo con mucho placer a la ciudad de México debido a que fue uno de los pocos sitios donde no se me recibió como yo estaba acostumbrada, es decir, con el teatro lleno a reventar y con gritos de entusiasmo. Llegué a su país en enero de 1887, corriendo con la mala fortuna de que unos días antes se había presentado Adelina Patti en una serie de conciertos y cobrando precios de entrada tan elevados como jamás se cobraron en México, de manera que el público quedó escaso de fondos y seguramente hasta la coronilla de “notabilidades”. La noche en que me presenté en el Gran Teatro Nacional únicamente la luneta y los palcos se veían ocupados: el resto del salón estaba casi vacío, y le advierto a usted que era *La dama de las camelias*, la obra que me consagró como la mejor actriz del siglo XIX. Sin embargo, no guardo rencor por su país y comprendo las circunstancias por las que el público mexicano no pudo hacer de mi temporada —sólo diez funciones— un acontecimiento brillante y entusiasta. Pero ahora, ochenta y dos años después, se me ha obligado a sentir rencor por un mexicano: usted, que ha montado y dirigido una especie de drama que trata de presentar algunos aspectos de mi vida, pero que no es más que un interminable monólogo mal construido dramáticamente, cursilón y completamente falso. Y usted no ha tenido empacho en hacerlo anunciar con grandes titulares como “la obra egregia, solemne y sublime”. ¿No le parece un exceso de